

vaación... En buena justicia hay que tener en cuenta las intenciones.

Monseñor Fornaro había vuelto á mostrarse muy tranquilo y paternal.

—¡Oh! ¡Las intenciones! ¡Las intenciones!—exclamó.

Se puso en pie para despedir al visitante.

—Podéis estar convencido, mi querido señor Froment, que me honra mucho el paso que disteis... Como es natural, no puedo revelaros cuál puede ser mi dictamen; hemos hablado mucho y hasta debí haberme negado á escuchar vuestra defensa. Creedme que, á pesar de eso, estoy dispuesto á servirlos en todo aquello que no vaya contra mi deber... pero temo mucho que vuestro libro será condenado.

Al observar el sobresalto de Pedro, añadió:

—Sí, son los hechos los que se juzgan y no las intenciones, toda defensa es inútil por lo tanto; el libro está ahí tal cual él es. Por muchas explicaciones que deis no lo cambiaréis. Esa es la razón por la que la congregación no oye ni cita jamás á los acusados, ni acepta de éstos más que la retracción pura y simple. Y lo más prudente, lo más acertado que podríais hacer, era retirar vuestro libro, someteros... ¿No? ¿No queréis? ¡Ah! ¡Qué joven sois aún, amigo mío!

Y rióse alto al observar el gesto de rebelión, de indomable fiereza que se había escapado á su joven amigo, como llamaba á Pedro. Luego en la puerta, y en un arranque de nueva expansión, le dijo en alta voz:

—Veamos, querido. Deseo hacer algo en vuestro favor y voy á daros un buen consejo... En el fondo yo no soy nada... Entrego mi dictamen, lo imprimen y pueden tomarlo ó no en cuenta... Mientras que el secretario de la Congregación, el padre Dangelio, puede hacerlo todo, hasta lo imposible... Idle pues á ver... vive en el convento de los Dominicos, detrás de la plaza de España. No me nombréis siquiera. ¡Y hasta la vista, querido, hasta la vista!

Aturdido Pedro, encontróse en la plaza de Navona sin darse cuenta de lo que debía creer ó esperar. Apoderábase de él un pensamiento de cobardía. ¿A qué continuar una lucha en la que los adversarios continuaban siendo desconocidos, intangibles? ¿Por qué en adelante empeñarse en

permanecer en aquella Roma que apasionaba tanto y que al mismo tiempo era tan falaz? Huiría, regresaría aquella misma noche á París, desaparecería y olvidaría las amargas desilusiones, entregándose á la práctica de la más humilde caridad. Hallábase en uno de esos momentos de abandono en que la tarea, durante largo tiempo soñada, se presenta de pronto como imposible; pero en medio de su decepción seguía su camino, iba sin embargo á su objeto.

Cuando se vió en el Corso, y más tarde en la calle de los Condoth y por último en la plaza de España, resolvió ver al padre Dangelio. El convento de los Dominicos está allí, al pie de Santa Trinidad de los Montes.

¡Ah! Nunca había pensado en los dominicos más que con respeto, al que se mezclaba un poco de temor. ¡Durante cuántos siglos fueron los sostenedores más vigorosos y que con más ahinco defendieron la idea autoritaria y teocrática! La iglesia le debió su más sólida autoridad y fueron los soldados gloriosos de su victoria. Mientras que San Francisco conquistaba para Roma las almas de los humildes, Santo Domingo la sometía las de los inteligentes y los poderosos, todas las almas superiores. Y esto apasionadamente, con una llama de fe y de voluntad admirables, empleando todos los medios de acción posibles, la predicación, el libro, y hasta por la presión policiaca y judicial. Si no creó la Inquisición, la utilizó, y su corazón fraternal combatió el cisma á sangre y fuego. Viviendo él y sus frailes en la pobreza, castidad y obediencia, las grandes virtudes de esos tiempos orgullosos y desordenados, fbase por las ciudades predicando á los impíos y procurando atraerlos á la Iglesia y entregándolos á los tribunales religiosos cuando su palabra no bastaba. Atacaba también á la ciencia, quiso hacerla suya y soñó en defender á Dios con las armas de la razón y de los conocimientos humanos, abuelo del angélico Santo Tomás, lumbrera de la Edad Media que lo incluyó todo en la *Summa*, la psicología, la política y la moral.

De este modo fué como los dominicos llenaron el mundo, sosteniendo la doctrina de Roma en los púlpitos célebres de todos los pueblos, luchando casi en todas partes contra el espíritu libre de las Universidades, siendo vigi-

lanfés guardianes del dogma, artesanos infatigables de la fortuna de los papas, los más poderosos entre los obreros del arte, de las ciencias y de las letras que han constituido el enorme edificio del catolicismo tal cual existe aún hoy día.

Pero hoy, que comprendía Pedro que se derrumbaba ese edificio que habían creído sólidamente construído con cal y arena para toda una eternidad, se preguntaba qué utilidad podrían tener aquellos obreros de otros pasados tiempos, con su policía y sus tribunales muertos bajo la universal execración; con su palabra que no se escucha, con sus libros que no se leen apenas, su papel de sabios y de civilizadores que ha terminado ante la ciencia actual y cuyas verdades hacen que cruja más y más el dogma por todas partes. Es cierto que constituyen siempre una orden influyente y próspera; sólo que está ya muy lejos la época en que su general reinaba en Roma, dueño del sagrado palacio y teniendo por toda Europa escuelas, conventos y subordinados.

De tan vasta herencia no les quedaba en la Curia romana más que algunos cargos adquiridos en época anterior, entre los que figura el de secretario de la Congregación del Índice, una antigua dependencia del Santo Oficio y en la que gobiernan soberanamente.

Sin pérdida de momento hicieron pasar á Pedro al despacho del padre Dangelio. La sala era grande, desnuda y blanca, inundada de luz solar. Allí no había más que una mesa, unos cuantos escabeles y un crucifijo de cobre colgado de la pared. Al lado de la mesa estaba en pie el padre Dangelio, que era hombre de unos cincuenta años, muy delgado y que vestía con severa dignidad el amplio traje blanco y negro. En su larga faz de asceta, boca pequeña, nariz delgada, barba poco desarrollada de tercio, los ojos tenían una fijeza que molestaba. Y además se mostró muy claro, muy sencillo y su recibimiento fué de una cortesía glacial.

—¿Sois el señor abate Froment, autor de la *Nueva Roma*, no es esto?

Y se sentó en un escabel, señalando otro con la mano.

—Hacedme el favor, señor abate, de decirme cuál es el objeto de vuestra visita,

Tuvo Pedro entonces que empezar de nuevo sus explicaciones y su defensa, y esto fue al poco tiempo muy penoso, porque observó que caían en el silencio, en un frío de muerte. El padre no se movía, con las manos cruzadas sobre las rodillas y los ojos fijos y penetrantes, clavados en los del presbítero.

Y cuando éste se calló, le dijo sin apresurarse:

—He creído, señor abate, que no debía interrumpiros; pero no tenía para qué escucharos. Se está instruyendo el proceso de vuestro libro y no hay potencia en el mundo capaz de detener su marcha. No comprendo, pues, qué es lo que esperáis de mí.

Con voz temblorosa, atrevióse Pedro á responder:

—Espero bondad y justicia.

Pálida sonrisa, de una orgullosa humildad, asomó á los labios del religioso.

—No tengáis ningún temor, porque Dios se dignó iluminarme en mis humildes funciones. No tengo, por otra parte, que hacer ninguna justicia, porque no soy más que un modesto empleado, encargado de clasificar y documentar los asuntos. Son sus eminencias solas, los miembros de la congregación, los únicos que han de sentenciar acerca de vuestro libro... Lo harán seguramente con la ayuda del Espíritu Santo y no tendréis más recurso que humillaros ante su sentencia cuando la ratifique Su Santidad.

Cortó la conversación y se puso en pie, obligando á Pedro á que hiciese lo mismo. Eran casi las mismas palabras que las oídas en casa de monseñor Fornaro, pero dichas con una claridad cortante, con una especie de tranquila valentía. En todas partes tropezaba con la misma fuerza anónima, con la máquina montada de una manera potente, cuyos engranajes no quieren conocerse unos á otros y que, sin embargo, aplasta. Durante largo tiempo aun le pasearían así, sin duda, del uno al otro, sin que pudiese encontrar jamás la voluntad razonadora que obraba. Y no tenía más que hacer que inclinarse.

No obstante, antes de marcharse ocurriósele la idea de pronunciar una vez más el nombre de monseñor Nani, del que empezaba á conocer el poder.

—Os suplico que me perdonéis si os molesté inútilmen-

te; pero al hacerlo cedí á los bondadosos consejos de monseñor Nani, que se digna interesarse por mí.

Pero el efecto producido fué inesperado. De nuevo iluminóse el ascético rostro del padre Dangelio con una sonrisa, con un encogimiento de labios, en el que se aguzaba el más irónico desdén. Habíase puesto muy pálido y sus ojos, reveladores de una viva inteligencia, centellearon.

—¡Ah, es monseñor Nani el que os envía!... Pues bien, si creéis que necesitáis protección, es inútil que os dirijáis á nadie más que á él... Es todopoderoso... idle á ver... idle á ver.

Este fué todo el ánimo que sacó de su visita; el consejo de que volviese á ver al que le enviaba. Comprendió que se le iba el pie y resolvió regresar al palacio Boccanera para reflexionar y comprender lo que le pasaba antes de continuar sus diligencias. Ocurriósele en seguida la idea de interrogar á *don* Vigilio y quiso la suerte que, aquella noche, después de cenar, encontrase al secretario en el corredor, con su palmatoria en la mano y en el momento en que iba á acostarse.

—¡Tengo que contaros tantas cosas! Os suplico, querido señor, que paséis un momento á mi cuarto.

Con un gesto hízole callar y luego añadió en voz baja:

—¿No visteis al abate Paparelli en el primer piso? Nos seguía.

Con mucha frecuencia encontraba Pedro en la casa al caudatario, cuya cara flácida, aire socarrón y huroneador de solterona con falda negra, le disgustaba soberanamente. Pero nunca le había inquietado su presencia y le sorprendió la pregunta. Por otra parte *don* Vigilio, sin esperar la respuesta, habíase vuelto al extremo del corredor, en donde se detuvo á escuchar durante largo rato. Volvióse después á paso de lobo, apagó su vela y de un salto entró en el cuarto de su vecino.

—Ya estamos,—murmuró cuando se cerró la puerta,— y si no tenéis inconveniente, no nos quedemos en este salón, pasemos á vuestro dormitorio, pues valen más dos paredes que una.

Quando la lámpara estuvo sobre la mesa y ambos se sentaron en el fondo de aquella pieza descolorida, cuyo papel gris liso, los muebles descabalados, el suelo y las

paredes tenían la melancolía de las cosas viejas, pudo observar Pedro que el abate Vigilio sufría un acceso de calentura más intenso que de costumbre. Su cuerpo enflaquecido tiritaba y nunca sus ojos de brasa habíanse inflamado con tan negro fulgor, destacándose sobre su faz amarillenta, estragada por la fiebre.

—¿Es que no os encontráis bien? No quisiera fatigaros.

—¡Bien! ¡Ah! ¡Mis carnes abrasan! Pero á pesar de eso quiero hablaros. ¡No puedo más! ¡No puedo más! Es preciso que un día ú otro me desahogue.

¿Era su enfermedad la que hacía desease distracción? ¿Era que quería romper un largo silencio para no morir ahogado? En seguida hizo que Pedro le contase cuanto le había ocurrido durante los últimos días y se excitó más cuando supo de qué manera habían recibido al visitante el cardenal Sarno, monseñor Fornaro y el padre Dangelio.

—¡Eso es! ¡Eso mismo! ¡Y no me extraña nada y, sin embargo, me indigno con vos! Sí, lo que sucede no me importa y no obstante háceme enfermar, porque despierta el recuerdo de mis miserias, ¡de las más! Es preciso no contar con el cardenal Sarno, que vive muy lejos, siempre allá, en remotos países y que jamás hizo un favor á nadie, pero ¡Fornaro! ¡Ese Fornaro!

—Me pareció muy amable, mejor dicho, bondadoso, y en realidad se me figura que, á consecuencia de mi visita, modificará bastante su dictamen.

—¡Modificarlo él! Va á ensafiarse con vos tanto como amable se mostró. Se va á cebar, á comeros y engordará con vuestra fácil presa. ¡Ah! ¡No le conocéis; con su aspecto agradable, está siempre al acecho para ir haciendo su fortuna con las desgracias de los pobres diablos, cuya derrota sabe que ha de ser agradable á los poderosos! Así que prefiero al otro, al padre Dangelio, que es un hombre terrible, pero al menos franco y valiente y dotado de una inteligencia superior. Puedo añadir desde luego que éste os quemaría como un puñado de paja si estuviere en su mano el hacerlo si fuese el amo... Y si pudiese decíroslo todo, si yo os hiciese penetrar conmigo en lo que hay detrás de las exterioridades de ese mundo, veríais los monstruosos apetitos de ambición, las complicaciones abomi-

nables de las intrigas, las venalidades, las cobardías, las traiciones y hasta los crímenes!

Al verle tan exaltado tajo la llama de un odio tal, Pedro creyó que podría obtener cuantos informes había buscado en vano hasta entonces.

—Decidme únicamente en donde se halla mi asunto. Cuando llegué aquí y os pregunté, me respondisteis que ningún documento había llegado aún á poder del cardenal. Pero los autos se incoaron y debéis estar enterado, ¿no es esto? Y á propósito de eso, monseñor Fornaro me habló de tres obispos franceses que han delatado mi libro, exigiendo que se le persiguiese. ¡Tres obispos! ¿Será posible?

*Don Vigilio se encogió violentamente de hombros.*

—¡Ah! ¡Qué buena alma sois! A mí me choca que no sean más que tres... Sí, muchos documentos referentes á vuestro asunto se hallan en mi poder y desde luego ya me figuraba yo lo que podía ser vuestro negocio. Los tres obispos son: el primero el de Tarbes que, indudablemente, no es más que un ejecutor de las venganzas de los Padres de Lourdes, y después los de Poitiers y de Evreux, conocidos ambos por su intransigente ultramontanismo y además por ser apasionados adversarios del cardenal Bergerot. No ignoráis que este último está mal visto en el Vaticano, en el que sus ideas galicanas, y su espíritu ampliamente liberal, producen verdaderas tempestades de cólera... Y no busquéis más en ninguna parte, porque todo el mal está allí; es una ejecución lo que los Padres de Lourdes exigen al Santo Padre, sin contar con qué se desea alcanzar, por cima de vuestro libro, al cardenal Bergerot, gracias á la carta aprobatoria que con tanta imprudencia os envió y que publicásteis á manera de prefacio... Desde hace mucho tiempo las condenaciones del Índice no son más, tratándose de eclesiásticos, que puñaladas asestadas en la sombra. La delación asquerosa reina como señora soberana y á ésta sigue la ley del capricho. Podría citaros hechos increíbles, libros inocentes, escogidos entre otros cien para matar una idea á un hombre; porque detrás del autor se apunta siempre á alguien, pero más lejos y más alto. Hay allí un nido tal de intrigas y una fuente tan copiosa de abusos, en la que sacian la sed de venganzas

y los bajos rencores personales, que la institución del Índice se derrumba y aquí mismo, entre los que rodean al papa, se siente la necesidad absoluta de reglamentarlo de nuevo y muy pronto, si no se quiere que caiga en completo descrédito... Empeñarse en conservar el poder universal con todas las armas, lo comprendo; pero es preciso que esas armas sean posibles, que no induzcan á la rebelión con la imprudencia de su injusticia y que con su procedimiento anticuado é infantil no hagan sonreír!

Con el corazón oprimido por doloroso asombro, escuchó Pedro esto. Sin duda, desde que estaba en Roma, desde que veía á los Padres de la Gruta, saludados y respetados y dominadores por las regias limosnas que hacían al dinero de San Pedro, comprendía que estaban azuzando las persecuciones y adivinó que querían hacerle pagar la página de su libro en que hacía constar que en Lourdes había una distribución inicua de la fortuna, un espectáculo tremendo que hacía dudar de Dios, una continua causa de combate que debía desaparecer en la sociedad verdaderamente cristiana de mañana (1). A la sazón se daba cuenta también del escándalo que debía haber producido su alegría confesada, al ver destruído el poder temporal, y sobre todo aquellas malhadadas palabras de la «religión nueva». Lo que por sí sólo bastaba para armar á sus delatores; pero lo que más le admiraba y desesperaba era el saber que consideraban como á un crimen la carta del cardenal Bergerot, su libro delatado y condenado para herir de soslayo al prelado venerable, al que no se atrevían á atacar de frente. El pensamiento de afligir á aquel hombre tan santo, de ser para él causa de su derrota, á pesar de su ardiente caridad, le hacía sufrir cruelmente. ¡Y qué desesperación más grande al encontrar en el fondo de esas querellas, en las que sólo debía luchar el amor al prójimo ó la caridad, las más sucias cuestiones de dinero ó de orgullo, los apetitos desenfadados del más feroz egoísmo!

Después de pensar en todo, prodújose en Pedro una re-

(1) Véase la obra LOURDES, de E. Zola, publicada por esta Casa Editorial.—N. del T.

belión contra ese Índice odioso é imbécil. Sabía al presente cuál era su funcionamiento desde la delación hasta la pública exposición de los nombres de los libros condenados. El secretario de la congregación, el padre Dangelio, al que había visto, era el que recibía la delación é instruía desde luego el proceso, ordenaba los autos con su pasión de monje autoritario y letrado, soñando en gobernar las conciencias y las inteligencias como en los tiempos heroicos de la Inquisición. De los preladados consultores, había visto á uno, á monseñor Fornaro, encargado de dictaminar acerca de su libro, tan ambicioso y tan benévolo y teólogo tan sutil, que no se habría apurado mucho para encontrar ataques á la Fe en un tratado de álgebra, cuando el avance de su fortuna lo exigía.

Tras esto venían las raras y contadas reuniones de los cardenales de la congregación, que votaban suprimiendo desde lejos un libro enemigo con la melancólica desesperación de no poder hacer lo mismo con todos, y por último el papa aprobando y firmando el decreto, una pura formalidad, porque todos los libros ¿no eran culpables? ¡Pero qué extraordinario y lamentable bastión del pasado ese Índice envejecido, caduco y vuelto á la infancia! Se comprendía cuán formidable debió ser su poder en la época en que los libros eran muy escasos y en que la Iglesia tenía tribunales de sangre y fuego para hacer ejecutar sus sentencias. Después multiplicáronse los libros de tal manera, el pensamiento escrito é impreso se convirtió en un torrente tan profundo y caudaloso, que aquella corriente lo inundó y lo sumergió todo. Inundado, reducido á la impotencia, hallábase entonces el Índice, encerrado dentro de la vana protesta de condenar en montón la colosal producción actual, limitando cada vez más su esfera de acción, entregándose únicamente al examen de las obras escritas por eclesiásticos, y en esto llegó á corromper su misión, viciándose con las malas pasiones y convirtiéndose en instrumento de venganzas, de odios y de asquerosas intrigas. ¡Ah! ¡Esa miseria de ruina, esa confesión de vejez imposibilitada, de parálisis general y creciente, viviendo en medio de la burlona indiferencia de los pueblos!

El catolicismo, el antiguo agente glorioso de la civilización, haber venido á parar á esto ¡á arrojar al fuego de su

infierno los libros á montones! ¡Casi toda la literatura, la historia, la filosofía y la ciencia de los siglos pasados y del nuestro! En los momentos actuales se publican pocos libros que estén exentos de caer bajo los anatemas de la Iglesia; lo que hace ésta, es que si parece que cierra los ojos, lo hace para evitar el trabajo imposible de perseguirlo y destruirlo todo y sí, no obstante, se empeña en conservar su soberana autoridad sobre las inteligencias, es á manera de reina antigua que, desposeída de sus estados, y sin poder disponer ni de jueces ni de verdugos, continuase dictando inútiles sentencias acatadas por una ínfima minoría. Supóngasela por un momento victoriosa, triunfante, dueña por un milagro del mundo moderno y se pregunta uno qué es lo que haría con el pensamiento humano contando con tribunales para condenar y fuerzas organizadas para ejecutar. Supóngase por un momento las reglas del Índice puestas en práctica al pie de la letra, un impresor sin poder hacer una obra á no contar previamente con la licencia del Ordinario; todos los libros sometidos luego á la congregación; el pasado expurgado, el presente agarrado y sometido al régimen del terror intelectual. ¿No sería esto la clausura de todas las bibliotecas, el encierro en un calabozo de todo el pensamiento escrito, el porvenir cerrado y la detención total de todo progreso y adelanto conquistador? En nuestros días, ahí está Roma como un ejemplo terrible de tan desastrosa experiencia, con su helado suelo, su muerta savia, muerta por siglos de gobierno papal; Roma, que ha llegado á ser tan estéril, que, á pesar de haber pasado veinticinco años desde que despertó, no ha podido nacer allí ni un hombre, ni una obra. ¿Y quién sería capaz de aceptar eso, no entre los espíritus revolucionarios, sino entre los espíritus religiosos de alguna ilustración y amplitud de miras? Todo se derrumbaba entre lo infantil y lo absurdo.

Era profundo el silencio que reinaba y Pedro, al que esas reflexiones trastornaron, hizo un gesto desesperado al ver á don Vigilio mudo en su presencia. Por un momento calláronse ambos entre la inmovilidad de muerte que subía del antiguo adormecido palacio, en medio de aquella habitación cerrada, iluminada por la luz tranquila de la lámpara. Y fué don Vigilio el que se inclinó con la mi-

ráa centelleante para murmurar con un ligero estremecimiento de su fiebre:

—Sabedlo de una vez; en el fondo de todo esto, están ellos, siempre ellos.

Pedro, que no le comprendió, le miró con asombro, inquietándole aquellas palabras incoherentes y dichas sin aparente transición.

—¿Quiénes son ellos?

—¡Los jesuitas!

Y el clérigo, enflaquecido, amarillento, concentró en ese grito la rabia acumulada de su pasión que estallaba. ¡Ah! ¡Peor para él si cometía una nueva tontería! ¡Al fin había pronunciado la palabra terrible! Dirigió, sin embargo, una mirada de extravío y de desconfianza alrededor del cuarto. Luego después se desahogó con un torrente de palabras, tanto más irresistible, cuanto más tiempo hacía que lo había contenido en el fondo de su corazón.

—¡Ah! ¡Los jesuitas! ¡Los jesuitas! Os figuráis conocerlos y no sospecháis siquiera cuán abominables son sus obras, ni cuán grande, inmenso su poderío. No hay más que ellos, en todas partes y siempre. Decidlo así, en cuanto ceséis de comprender, si es que queréis comprender lo que sucede. Cuando tengáis un disgusto, os suceda algo, sufráis ó lloréis, pensad siempre: «Son ellos que están ahí. No estoy seguro de que no haya uno oculto en ese armario ó bajo el lecho... ¡Ah! ¡Los jesuitas! ¡Los jesuitas! Ellos me devoraron y me devoran y seguramente que no dejarán nada de mi carne ni de mis huesos.

Con voz entrecortada contó su historia y relató cuan llena de esperanzas había sido su juventud. Pertenecía á la nobleza de provincias, rico, con buenas rentas y dotado de una inteligencia muy viva, muy dúctil, y con un porvenir sonriente. A la sazón podía haber sido ya prelado y hallarse en disposición de aspirar á cargos más elevados; pero cometió la torpeza de hablar mal de los jesuitas y de oponerse á sus planes en dos ó tres circunstancias y desde entonces, según decía, habían hecho llover sobre él todos los males imaginables; su padre y su madre murieron, su banquero huyó y las buenas colocaciones se le escapaban en cuanto se preparaba para obtenerlas, persiguiéndole toda clase de desdichos en su santo ministerio, hasta el

punto de que le pusiesen en entredicho. No gozaba más que un poco de reposo desde el día en que el cardenal Boccanera, compadecido de su desgracia, le tomó á su servicio.

—Este es el refugio, el asilo. Execran á su eminencia que jamás tuvo á su lado y aun no se han atrevido á atacarle á él ni á los que le rodean. ¡Ah! No, no me hago ilusiones, algún día me cogerán otra vez! Tal vez se enteren de nuestra conversación de esta noche y me la hagan pagar muy cara, porque hice mal hablando, pero hablé á pesar mío. Me robaron toda mi dicha y me dieron todas las desgracias posibles, ¡todas!... ¡todas! ¡Ya lo oís!

Creciente malestar fuese apoderando de Pedro, que exclamó haciendo por tomarlo á broma:

—¡Vamos! ¡Vamos! ¿Y son también los jesuitas los que hicieron que os atacasen las calenturas?

—¡Sí, sí que fueron ellos!—respondió con violencia don Vigilio.—Cogí esas calenturas á orillas del Tíber una noche que me fui allí á llorar la gran pena que me dominaba al verme expulsado de la modesta iglesia de que estaba encargado.

Hasta entonces no había querido Pedro creer nunca en la terrible leyenda de los jesuitas. Pertenecía á una generación que se sonreía al hablar del hombre lobo y que encontraba un poco ridículo el miedo burgués á los hombres negros, ocultos entre las paredes y aterrorizando á las familias. Aquello era para él como cuentos de nodriza exagerados por las pasiones políticas y religiosas. Por esto se quedó mirando con asombro á don Vigilio, temeroso de tenerlas que haber con un maniático.

No obstante evocó en su mente la historia extraordinaria de los jesuitas. Si San Francisco de Asís y Santo Domingo son el alma y el espíritu de la Edad Media, los maestros y los educadores; el uno expresando toda la ardiente fe caritativa de los humildes, y el otro defendiendo el dogma, fijando la doctrina para los inteligentes y los poderosos, Ignacio de Loyola preséntase en el umbral de los tiempos modernos para salvar la sombría herencia que corría gran peligro, acomodando la religión á las nuevas sociedades dándole otra vez el imperio del mundo que va

á nacer. Desde luego parecía haberse hecho la experiencia. Dios, en su lucha intransigente con el pecado iba á ser vencido, porque en adelante era seguro que la antigua voluntad de suprimir el pecado, de matar el hombre en el hombre mismo, con sus apetitos, sus pasiones, su corazón y su sangre, no podía producir más resultado que el de una derrota desastrosa en la que la Iglesia se encontraba en vísperas de naufragar. Y fueron los jesuitas los que acudieron á salvarla de semejante peligro, devolviéndola á la vida conquistadora, decidiendo que es ella la que debe ir al mundo ya que éste parece no querer ir á ella. Todo está en eso, declaran que hay arreglos con el cielo, se plegan á las costumbres, á los prejuicios, hasta á los mismos vicios, mostrándose sonrientes, condescendientes, sin ningún rigorismo, y dando muestra de una diplomacia amable, pronta á emplear las más grandes abominaciones para la mayor gloria de Dios. Ese es su grito de reclutamiento y esa su moral flúida, esa moral de que se ha hecho un crimen; la de que todos los medios son buenos para conseguir el objeto, cuando ese objeto son los intereses del mismo Dios representados por los de su Iglesia.

¡Qué éxito más colosal! Pululan, tardan muy poco en llenar la tierra y en ser en todas partes y sin disputa los dueños. Confiesan á los reyes, adquieren riquezas inmensas y poseen una fuerza invasora tan grande, que no ponen el pie en un país, por muy humildemente que lo hagan, sin que en seguida no se apoderen de él con almas, cuerpos, poder y fortuna. Fundan sobre todo escuelas, son incomparables moldeadores de cerebros, porque han comprendido que la autoridad pertenece siempre al mañana, á las generaciones que brotan y de las que es preciso continuar siendo los amos si se quiere reinar eternamente. Su poderío es tal, basado en la necesidad de una transacción con el pecado, que, al día siguiente del Concilio de Trento, transforman el espíritu del catolicismo, le penetran y se lo identifican, llegando á ser los soldados indispensables del papado que vive de ellos y para ellos. Desde entonces Roma les pertenece, Roma, en la que durante tanto tiempo mandó su general, de donde salieron las consignas de esa táctica obscura y genial llevada á cabo ciegamente por un ejército numeroso, cuya sabia organiza-

ción cubre el globo con una red de hierro bajo el aférrico pelado cutis de unas manos delicadas muy acostumbradas á manejar á la pobre humanidad doliente. El prodigio, empero, es el de la asombrosa extraordinaria vitalidad de los jesuitas sin cesar acosados, condenados, ejecutados y á pesar de eso siempre en pie. En cuanto su poder se afirma empieza su impopularidad y se hace poco á poco universal. Es un acoso general, una grito de execración que se eleva contra ellos, acusaciones abominables, procesos escandalosos en los que aparecen como malhechores ó corruptores. Pascal, los entrega al desprecio público, los parlamentos condenan sus libros al fuego, y las Universidades rebaten su enseñanza y su moral como deletéreas. En cada reino provocan tales perturbaciones y luchas tan grandes que pronto los expulsan de todas partes. Durante más de un siglo andan errantes, arrójales de todas partes y más tarde vuélvenlos á llamar, pasando así y repasando las fronteras, saliendo de un país entre gritos de odio para volver después cuando se apaciguó todo. Por último, suprímelos un papa, lo que fué un desastre tremendo para ellos, los restablece otro y desde aquella época están como tolerados. Y en esa diplomática anulación, en la sombra voluntaria en la que prudentemente viven, no dejan de ser los triunfadores, de tener el aire tranquilo y seguro de la victoria como soldados que conquistan para siempre la tierra.

Sabía Pedro que en la actualidad, á no juzgar más que por la apariencia de las cosas, parecen desposeídos de Roma. Han dejado de cuidar del culto en la iglesia de Jesús y no dirigen tampoco el Colegio Romano en el que educaron tantas almas y, sin casa propia, reducidos á la hospitalidad extraña, hánse refugiado modestamente en el Colegio Germánico en el que hay una capillita. ¿Era necesario creer en una habilidad soberana, en la habilísima astucia de desaparecer para seguir siendo los amos secretos y todopoderosos, la voluntad oculta que lo dirige todo? Se decía que la infalibilidad pontificia era obra suya, arma con que ellos mismos se armaron, fingiendo hacerlo con el papado para las necesidades próximas y decisivas que su genio adivinó en vísperas de grandes trastornos sociales. Entonces sería tal vez cierto lo que en un es-

frémecimiento de misterio contaba don Vigilio acerca de esa soberanía oculta, esa mano que intervenía en el gobierno de la Iglesia, en el Vaticano; en esa realeza ignorada y total.

De pronto y bruscamente, acudió á la mente de Pedro una idea que preguntó:

—¿Es pues jesuita, monseñor Nani?

Ese nombre pareció devolver á don Vigilio toda su inquieta pasión é hizo un ademán con mano temblona.

—¡Eh! ¡Ah! Es demasiado fuerte, hábil y con exceso precavido para haberse puesto la faja: pero salió del Colegio Romano en que se formó su generación y se infiltró con ese genio de los jesuitas que se adapta de una manera tan admirable al suyo propio. Si comprendió el peligro, el de señalarse adoptando una librea impopular y engorrosa, no por eso es menos jesuita, ¡oh! jesuita en la carne, en los huesos, en el alma y superiormente. Tiene la evidente convicción de que la Iglesia no puede triunfar más que sirviéndose de las pasiones de los hombres, y lo cree porque la ama sinceramente; es muy piadoso en el fondo, muy buen sacerdote, sirviendo á Dios sin debilidad alguna por el poder absoluto que da á sus ministros. Aparte de esto, es tan amable, incapaz de cometer una falta ó una brutalidad, ennoblecido por la línea de nobles venecianos, sus ascendientes, instruido profundamente por el conocimiento de la sociedad, con la que estuvo muy mezclado en Viena, en París, en las nunciaturas, sabiéndolo y conociéndolo todo, gracias á las delicadas funciones que desempeña desde hace diez años como asesor del Santo Oficio. ¡Ah! ¡Es toda una potencia! ¡No es el jesuita furtivo, cuya negra sotana se desliza entre la desconfianza de Oficio. ¡Ah! ¡Es toda una potencia! No es el jesuita furtivo, cuya negra sotana se desliza entre la desconfianza de todos, sino el jefe sin uniforme que le señale, ¡es la cabeza, es el cerebro!

Estas palabras hicieron que Pedro se pusiese serio, porque no se trataba de hombres ocultos en las paredes, ni de sombríos complots de una secta novelesca. Si esos cuentos no se avenían bien con su excepticismo, admitía sin inconveniente que una moral oportunista, como la de los jesuitas, nacida de las necesidades de la lucha por la vida,

se había inoculado y predominaba en la iglesia entera. Aun cuando desapareciesen los jesuitas, su espíritu los sobreviviría, puesto que era el arma de combate, la esperanza de victoria, la sola táctica que podía hacer que los pueblos fuesen á parar al dominio de Roma. Y la lucha seguía, en realidad, en esa tentativa de acomodamiento que se perseguía entre la religión y el siglo. Comprendió desde luego que hombres, como monseñor Nani, pudiesen adquirir una importancia enorme, decisiva.

—¡Ah! ¡Si supieseis! ¡Si supieseis!—siguió diciendo don Vigilio.—Está en todas partes y en todo pone mano. ¡Mirad! Aquí, en casa de los Bocanera, no pasa nada sin que yo no lo encuentre en el fondo, enredando ó desenredando los hilos, según las necesidades que él sólo conoce.

Y con esa fiebre inagotable de confidencias, cuya crisis le abrasaba, contó de qué manera monseñor Nani había trabajado el divorcio de Benedetta. Los jesuitas han conservado siempre, á pesar de su espíritu de conciliación, una actitud irreconciliable respecto á Italia, sea porque no desesperan de reconquistar á Roma, ó sea porque esperan á que suene la hora de trazar con el verdadero vencedor. Comensal familiar desde hacía mucho tiempo de *donna Serafina*, Nani la aconsejó y la ayudó para que recobrase á su sobrina y á precipitar la ruptura con Prada en cuanto Benedetta perdió á su madre. Fué él, quien, para despojar moralmente al abate Pisoni, al cura patriota confesor de la joven, al que acusaban de haber hecho el casamiento, la impulsó á que tomase al mismo director espiritual que su tía, el padre jesuita Lorenzo, hombre apuesto, de hermosos ojos claros y bondadosos, cuyo confesonario se hallaba en la capilla del Colegio Germánico. Y parecía indudable que esta maniobra decidió toda la aventura y lo que un cura hizo en favor de Italia, un padre jesuita lo deshizo en contra de Italia.

¿Por qué Nani, después de consumada la ruptura, parecía haberse apartado durante un momento del asunto hasta el punto de dejar en peligro de perderse la demanda de anulación del matrimonio? ¿Y por qué se ocupaba otra vez, haciendo que comprasen á monseñor Palma, poniendo á *donna Serafina* en campaña é interviniendo él mismo con su influencia sobre los cardenales de la congregación del



Concilio? En todo esto había puntos oscuros, lo mismo que en todos los asuntos de que se ocupaba; porque era más que nada, hombre de combinaciones á largo plazo. Se podía suponer, sin embargo, que quería apresurar el casamiento de Benedetta y Darío para acabar de una vez con las abominables habillitas de la sociedad blanca, que acusaba al primo y á la prima de no tener en el palacio más que un solo lecho, y esto, bajo la mirada llena de indulgencia de su tío cardenal. O tal vez que ese divorcio, obtenido á fuerza de dinero y bajo la presión de las influencias de más notoriedad, era un escándalo voluntario, primero llevado con mucha lentitud, y después precipitado al presente para perjudicar al mismo cardenal, del que los jesuitas podían quizás, tener necesidad de desembarazarse en alguna circunstancia próxima.

—Me inclino bastante á esta suposición,—dijo don Vigilio como conclusión,—tanto más, porque esta noche he sabido que el papa está algo enfermo. Con un anciano, que pronto tendrá ochenta y cuatro años una catástrofe repentina no es imposible, y el papa no puede tener un constipado sin que todo el Sacro Colegio y la prelatura toda no estén en el aire, trastornados, revueltos por la brusca batalla de las ambiciones. Los jesuitas han combatido siempre la candidatura del cardenal Boccanera á pesar de que deberían estar á su lado por su rango y por su intransigencia respecto á Italia; pero les inquieta la idea de darse semejante amo al que le tildan de una rudeza intempestiva, de una fe violenta sin ductibilidad y demasiado peligrosa hoy en estos tiempos de diplomacia porque atraviesa la Iglesia... No me extrañaría nada, por tanto, que procurasen desacreditarle, hacer que su candidatura sea imposible, valiéndose para ello de los medios más vergonzosos y más ocultos.

A Pedro empezó á invadirle un ligero estremecimiento de miedo. El contagio de lo desconocido, de las tenebrosas intrigas tramadas en la sombra, obraba sobre él, en medio del silencio de la noche, en el fondo de ese palacio, cerca de ese río Tiber y en esa Roma toda ella llena de dramas legendarios. Hizo, al fin, un brusco retorno á sí mismo, á su caso personal.

—¡Pero yo! ¡Yo en todo eso! ¿Por qué parece que mon-

señor Nani se interesa por mí? ¿Cómo se encuentra mezclado en el proceso que se sigue á mi libro?

Don Vigilio hizo un gran gesto.

—¡Ah! ¡No se sabe nunca! ¡No se sabe nunca la verdad! Lo que puedo asegurar es que no se enteró del asunto hasta que las declaraciones de los obispos de Tarbes, de Poitiers y de Evreux, estaban ya entre las manos del padre Dangelio, el secretario de la congregación del Índice. He sabido que entonces hizo grandes esfuerzos para que ese proceso no siguiese adelante, considerándolo, sin duda, impolítico é impropio. Pero cuando la congregación se apossa de un asunto, es muy difícil, si no es imposible, hacérselo soltar, y esto con mayor motivo porque tropezó con el padre Dangelio, con este que, como buen dominico, es adversario encarnizado de los jesuitas... Fué entonces cuando hizo que la *contessina* escribiese al señor de la Choue para que os dijese que viniésetis á defenderos y para que aceptásetis, durante la permanencia en Roma, hospitalidad en este palacio.

Esta revelación acabó de emocionar á Pedro.

—¿Estáis seguro de lo que decís?—preguntó.

—Completamente seguro, porque un lunes oí hablar de vos y ya os indiqué que parecía conoceros íntimamente lo mismo que si se hubiese entregado á minuciosas investigaciones acerca de vuestra persona. Para mí había leído vuestro libro y estaba sumamente preocupado.

—¿Creéis pues que profesa mis ideas, que sería sincero al defenderle y haciendo esfuerzos para defenderme á mí?

—¡Oh! ¡No! ¡No, de ningún modo! ¡Con seguridad que execra vuestras ideas, á vuestro libro y á vos mismo! Es preciso conocerle y saber que bajo su acariciadora amabilidad se oculta un desdén muy grande al débil, un horror al pobre y su amo al poder y á la autoridad. Sin inconveniente os perdonaría acaso lo de Lourdes por más que hay allí una maravillosa arma de gobierno; pero no os perdonaría jamás el ponerlos al lado de los humildes y míseros de este mundo y el pronunciarlos contra el poder temporal. ¡Si le oyeseis burlarse con tierna ferocidad del señor de la Choue, al que llama el sauce llorón elegiaco del neocatolicismo!...